



Ciudad estratégica

La ciudad de Elche, convertida —gracias al entusiasmo y vitalidad de sus gentes— en locomotora industrial de la provincia; impulsora igualmente, del desarrollo y crecimiento de la Comunidad Valenciana, se propone —tratando de superarse a sí misma y emulando posiciones estratégicas como las surgidas en Bilbao y Barcelona— diseñar un futuro en el que queden claramente definidas las líneas de lo que debe ser su entorno urbanístico, su configuración socio-económica, y la renovación de su identidad cultural y de su historia.

La proyección futura de una ciudad, hasta fechas muy recientes sin un entorno cultural y científico adecuado, fuertemente industrializada, donde sus mejores intelectuales —Molina Foix, Verdú y tantos otros—, han tenido que huir hacia Madrid o Barcelona para poder poner a prueba sus inquietudes, y donde impera —como un lenguaje específico— conversaciones y charlas referidas a hormas, tacones, cuero y horas extras, habrá de convertirse, como en una obra de Joice, en una tarea difícil, compleja, y al propio tiempo fascinante. Los que apostamos por ello —habría que felicitar a sus estrategas— hemos asistido, complacidos y atentos, a las conferencias y reuniones en las que urbanistas de prestigio nos han venido deleitando con sus experiencias.

Sin embargo, una enorme preocupación ronda continuamente por los extremos de nuestra almohada; el excesivo individualismo de los ilicitanos, y los más que probables celos que esta idea va a producir en la capital de la provincia, Alicante. La transformación que ha sufrido Bilbao, con su simbólico museo, o el impulso de ciudad cosmopolita de Barcelona, ha sido posible gracias al esfuerzo, al ingenio y quizá a

la mejor de todas las aportaciones; la solidaridad y generosidad de vascos y catalanes. Confiamos en que tales circunstancias puedan concurrir igualmente entre los valencianos.

A pesar del incómodo estereotipo que los ilicitanos mantienen, no podemos ni debemos olvidar el espíritu emprendedor, la enorme voluntad y el gran esfuerzo que diariamente realizan, por lo tanto, es posible confiar en su tesón y constancia para alcanzar aquello que desean. Antes de dar una reflexión sobre cómo entenderíamos el futuro de una ciudad, es preciso reconocer ciertas realidades, y que vienen a determinar en gran manera los puntos estratégicos de cualquier proyecto.

En primer lugar habría que reconocer que el desarrollo urbanístico en Elche siempre ha adolecido de un correcto planeamiento; el constante fluir de gentes de otros pueblos, sobre todo en los años cincuenta y sesenta, atraídos por una creciente demanda de puestos de trabajo, elevó en gran manera su índice demográfico. Tal fue la ola de inmigración, que desbordó las previsiones de un crecimiento lo suficientemente ordenado.

El sector del calzado, motor principal de la actividad industrial de la ciudad, viene, cada vez con más fuerza, cambiando sus estrategias

en aras de una mayor competitividad. La agitación fabril se localiza allí donde la mano de obra suele ser más barata, y donde países del tercer mundo y de las antiguas repúblicas del Este de Europa, aspiran —y así debe ser— a relevamos.

VISTAS así las cosas, nos atrevemos a manifestar —siquiera por dar una opinión lo más objetiva posible— que el reto del siglo XXI para los ilicitanos —el ejemplo es válido para toda la sociedad— consistiría en hacer acopio de la mayor cantidad posible de riqueza cultural, que sin duda, esta ciudad posee y valorar más su patrimonio histórico. Habría que desmitificar —como permanente emblema de su cultura— la figura de la Cama y bucear de una vez en su historial medieval. Estudios sobre el Al Andalusi y la influencia de la cultura árabe en sus tierras nos haría tener otra visión de las raíces culturales que la sustentan. Quien haya viajado por el sur de Marruecos, Argelia o Túnez podrá comprobar qué cerca se encuentra del paisaje ilicitano. Afortunadamente ya existe Universidad en Elche, es de esperar que la afluencia y el bullicio intelectual que el mundo universitario aporta, transforme, en muy pocos años, la vida cultural de la ciudad.

El Renacimiento ilicitano, si se nos permite tal expresión, debería fijarse más en lo que se intenta lle-

var a cabo —con vistas al año 2000— en una ciudad como Roma. Su proyecto de reordenación urbana —entre sus creadores se encuentran urbanistas españoles— busca dotar a la ciudad de un nuevo sistema de transporte urbano, de 54.000 hectáreas de zona verde, y de hacer extensiva la ciudad hacia el mar. Complementarían el programa con un nuevo auditorio y modernas galerías de arte.

NO sería un buen acierto que Elche tenga que basar su estrategia en la construcción de una obra emblemática al estilo del Museo Guggenheim de Bilbao. El coste que la obra ha supuesto para los bilbaínos, así como su mantenimiento futuro, han hipotecado recursos que podrían tener mejor destino. No debemos olvidar que la obra de Frank Gehry, símbolo de la ciudad vasca, no deja de ser una obra —ingeniosa y vanguardista— de titanio y vidrio importada de Nueva York.

En cuanto a la actividad económica habría que tener en cuenta algunos aspectos que indudablemente le afectarán. En primer lugar los cambios estructurales que el sistema neoliberal demanda harán desaparecer la economía sumergida que aun subsiste en toda su comarca. El paro, real y oficial, disminuirá hasta situarse en tasas por debajo del cinco o seis por ciento. Es cierto

que el futuro camina hacia una política económica de estabilidad de precios y equilibrio presupuestario, lo que favorece enormemente a ciudades con una fuerte implantación industrial. Afectará negativamente a aquellas en las que un gran sector de la población goza de un estatus de funcionario que les hace depender casi exclusivamente de los Presupuestos del Estado, algo que podría ocurrir en nuestra capital. Alicante debería mirar con buenos ojos esta iniciativa y tratar de emularla, sin olvidar, que todo aquello que contribuya al crecimiento y desarrollo de la ciudad de Elche, producirá una osmosis en toda la provincia.

Es necesario pues, profundizar en la diversificación industrial, en la tecnología y en la investigación. Y no sólo entre el sector del calzado, sino también en la industria agroalimentaria, medioambiental y turística. La infraestructura hotelera es prácticamente inexistente.

LA creación de parques industriales y tecnológicos hacia los ejes de Crevillente y Alicante configurarían el crecimiento urbano de la ciudad hasta la misma franja del litoral ilicitano. Ello propiciaría la construcción de nuevas formas de transporte y de una red viaria que acercara a los ciudadanos, con comodidad y sin grandes aglomeraciones de tráfico, hacia su entorno familiar; lugar de trabajo o zonas de ocio y diversión. El liderazgo del proyecto corresponde a los ilicitanos. Sus líderes más carismáticos han de provocar —con actitudes valientes— un efecto mimético entre empresarios y trabajadores, influyendo e ilusionando a todo el espectro político, al poder económico y financiero, y al conjunto de nuestra sociedad. En eso consiste el reto.